

DIGRESION SOBRE HUMANISTA Y HUMANITARIO

Abel Naranjo Villegas

Academia Colombia de la Lengua e da Real
Academia Espanhola de la Lengua.

EL NUEVO IDEAL HUMANO

Característica de las épocas de crisis ha sido siempre la búsqueda de un nuevo ideal humano, ya que el profesado entra en conflicto con el declarado. Es ese el fenómeno que se ha esparcido en la crisis de la modernidad. Los ideales declarados han sufrido un desgarramiento de los profesados, esparciendo en las conciencias una confusión de criterios que explican la caótica movilidad del pensamiento y de la acción.

La dificultad de entendimiento entre las ideologías contemporáneas está un gran parte originada en la manera como todas ellas tratan de reivindicar para sí la auténtica calidad de humanistas. Hinchidas de autosuficiencia se presentan siempre a los debates, cuando los aceptan, revestidas previamente del monopolio del humanismo, y degradando a los adversarios a los sótanos de la inhumanidad. Todo un vocabulario esotérico fluye de esa posición para destituir de dignidad contemporánea y envejecer en el anacronismo todo aquello que no se ajusta a sus presupuestos ideológicos.

LA PERENNIDAD DEL HUMANISMO

Lo anterior no constituye un rechazo a esa propensión sino, al contrario, un reconocimiento a la vocación nobiliaria que va implícita en ella. Revela que, desde cualquier ángulo en que se coloca el sujeto, aspira a interpretar los ideales de ese humanismo y que cada propuesta nueva de su espíritu es una ampliación de sus dominios, siempre que no se desvíe del cauce auténtico de elevación de la personalidad humana. Esto último significa que ya el humanismo tiene otra connotación diferente a la que tuvo en el Renacimiento, cuando ese ciclo histórico acuñó la palabra como una reacción contra los valores vigentes en la Edad Media, proponiendo una recuperación de la antigüedad clásica.

Allá creyeron encontrar el más alto modelo de humanidad alcanzado por el hombre en su travesía histórica. La vaguedad del término

servió para que en él se protegieran hasta ideas contradictorias, ya que muchos de sus adalides le inocularon legítimamente espíritu cristiano a las reminiscencias paganas que traían los supuestos de esa antigüedad. No es, pues, insólito que ahora se alojen en ese mismo vocablo diversas variedades de humanismo como el cristiano, el integral, el socialista, el liberal, el marxista, el existencialista etc.

LA AMPLIACIÓN DE LA NATURALEZA

La idea de "humanidades", como resorte para superar la naturaleza, podría sintetizarse en el concentrado espiritual que formaron la dialéctica platónica, la metafísica aristotélica y la moral estoica. Por medio de esta última se le da al hombre el impulso ascensional para superar la naturaleza, no obstante estar fundada esa moral en el mandato de "seguir la naturaleza". La idea cristiana se introdujo en ese concepto de "naturaleza", ensanchándola para que cupiera en ella un elemento espiritual que no tiene el concepto nudo de naturaleza, tal como lo entiende la ciencia de hoy. Los dos orbes de vida natural y vida espiritual fueron, en cierta manera disociados, en el esfuerzo por superar la vida natural y absorberla en la vida espiritual. La aspiración ascética era la de abolir el cuerpo en favor del alma. Dentro de la misma teología cristiana se tardó el tema de la unidad y reciprocidad de los dos orbes.

Ese concepto estrecho de naturaleza, paradójicamente, se amplía y se incrementa mediante los avances de la ciencia contemporánea. Con ella el hombre ha aumentado la naturaleza al desintegrar el átomo y descubrir muchas más fuerzas de las que antes poseía. Ciertamente con el fuego desintegraba la molécula pero, al mismo tiempo, encontró la manera de apagarlo. En cambio, con la energía atómica está todavía perplejo ante el problema de ponerla al servicio del hombre y controlar su fuerza desatada. Así el humanismo que antes erguía al hombre para sobrepasar a la naturaleza hoy está vencido por ella y subordinado a su fatalidad del cosmos.

Ese paso indispensable para recobrar el dominio de la naturaleza está apenas rozando la dimensión ética contemporánea. Porque arrogantemente la ciencia pretendió su total autonomía de la moral y hora, con una oriundez ya no de la teología y la filosofía, sino de los mismos científicos se está planteado otra vez la necesidad de enmarcar la ciencia en la moral. El "bonum et equum" de los latinos vuelve a recobrar vigencia en las relaciones humanas.

EL HUMANISMO ETICO

Las diversas corrientes filosóficas de nuestro tiempo están impregnadas de gérmenes para darle precisión a esa palabra equívoca del

humanismo. Ya no se concibe como un tesis sino como un horizonte filosófico que, sobre esta plataforma de una naturaleza ampliada, recoja las mayores magnitudes de realidad posible.

Se advierte allí una subterránea aspiración a desbordar los límites de una especie de humanismo que pudiéramos llamar, estético, y llenar su vacío con otra especie que, provisionalmente, podría llamarse humanismo ético. Hay, pues, qué disociar la idea tradicional del humanismo clásico porque se suelen confundir los dos vocablos, al adjetivo "clásico" y el sustantivo "humanismo". El humanismo clásico se forjó un ideal de hombre que se consideró insuperable y definitivo, ya que alcanzó la magnitud más significativa en algunos pueblos ya clásicos. Era un humanismo, en cierta manera estático, porque pretendía un modelo universal y exclusivo. A favor de ese concepto se pensó que el humanismo consistía en dominar la lengua que hablaron aquellos hombres considerados arquetipos de humanidad y hasta sus normas de comportamiento.

Frente a esto viene apareciendo un humanismo dinámico, mediante el cual la apertura del espíritu humano hacia el mundo lo eleva a una universalidad que ya no puede ser la que circundó a los arquetipos clásicos sino la que la ciencia ha desplegado ante el hombre contemporáneo. Centrado, pues, en el hombre mismo y no sobre un obsoleto detredor, convierte el proyecto de cada hombre en un proyecto universal, susceptible de modificarse con las circunstancias externas, adaptándose, perfeccionándose y perfeccionando cuanto cae en la esfera de su conocimiento. Este humanismo que consiste esencialmente en una actitud para integrar la hombre con el universo no se opone al conocimiento de los arquetipos históricos sino que, al contrario, los asimila como instrumentos y no como fines. Las lenguas clásicas se convierten así en un medio y no en un fin en sí mismas para interpretar el espíritu con que aquellos encarnaron las peripecias de su vida.

LA NIVELACIÓN ESPIRITUAL

La propagación de la ciencia ha engendrado una sociedad tecnificada y ha producido un cambio radical que consiste en que, a partir de los griegos, la filosofía daba el fundamento para todas las ciencias y, en cambio, ahora son las ciencias las que dan fundamento a toda filosofía. Desde esa posición se rechaza el humanismo que inspiró la primera versión del humanismo y, al menos en la juventud, ha abierto el camino para que aparezca una especie de nihilismo, contra el cual luchan desesperadamente las propuestas del nuevo humanismo. La vida se ha insertado en la ciencia en proporciones tales que no hay actividad posible hoy que no esté regida por la ciencia y, paradójicamente se ha instalado en la negación del valor

del hombre y, por lo tanto, en el rechazo a los postulados del humanismo. Ese hecho es el que debe ser asumido a conciencia cuando sostenemos que hay un conflicto entre los valores profesados y los valores declarados. Al mismo tiempo en que florecen por todas partes los estudios de "ciencias humanas", la antropología, la etnología el psicoanálisis, va hundiendo más la idea del hombre como tal. Nietzsche lo vio claro en Zaratustra en su diálogo con el ermitaño que amaba al Hombre con mayúscula, pero exhibía al hombre muerto con minúscula. En "Las palabras y las cosas" de Michel Foucault, advierte muy agudamente cómo la exaltación del superhombre coincide con la desaparición del hombre.

En nuestra sociedad tecnocéntrica es en la que se instalan por todas partes los comités de "derechos humanos", al mismo tiempo que todos sus miembros insisten en que nada en la naturaleza está exento de cambios, lo que supone que el hombre es insubstancial. Se principia, pues, por negar la substancialidad del hombre para legitimar la necesidad de aceptar su cambio y reducir la ciencia del hombre a ciencia natural. Pero si es cierto que, como ser histórico, está inserto en la categoría de variación porque esa es la raíz de su libertad, al asumirlo sólo como un objeto natural, se le asigna una fijeza e inmutabilidad de antropoide, marginado en consecuencia del cambio. Desmochado de humanidad resulta contradictorio investirlo de esa categoría que contiene el derecho. Esa sociedad humana que declara el culto al derecho, profesa, en cambio, un culto a la utilidad que la inscribe en el filisteísmo.

IMPOPULARIDAD DE LA MORAL

Los supuestos anteriores explican al menos algunos aspectos de la crisis espiritual que los últimos cien años han planteado como preparación para el milenio siguiente. Podría extenderse la tesis de Ortega sobre la deshumanización del arte a la deshumanización de todas las formas sociales.

Es curioso observar, en efecto, como una época presidida por un voluntarismo inexorable, casi con prescindencia de todo pensamiento, es decir, una época caracterizada por el dinamismo de la acción, haya propalado tan infinito desdén por toda moralidad. En la misma medida en que se multiplican los estudios sobre el comportamiento, jamás la conducta humana se ha despojado de tantos elementos de humanidad. Hasta se homologa la idea del comportamiento del hombre con el de sus estratos animales. La impopularidad que rodea a los pensadores sobre moral debe ser atribuida a la inhibición con que se encuentra hoy el hombre que quiere hacer lo que desea, sin un marco de moralidad, porque la considera "inhumana". Proust lo apuntó al escribir que "a medida que la sociedad va corrompiéndose se depuran las nociones de moralidad".

Naturalmente esa depuración es producto de una minoría infinitesimal que no alcanza a llenar los inmensos dominios de la impopularidad.

HUMANISMO Y HUMANITARISMO

Así ha aparecido una confusión popular entre lo que significa el concepto de humanismo, sustituido por la idea vulgar del humanitarismo. El humanismo dice relación a una especie de sabiduría sobre las letras y la historia humana y el humanitarismo es más bien una idea de compasión por los sufrimientos del hombre. Simplificando al extremo podría inscribirse el humanismo en la esfera del conocimiento y el humanitarismo en la esfera de la sensibilidad. Claro que son compatibles una y otra esfera pero son diversas y propensas a confusión irremediable. Esa confusión brota remotamente del propagado desdén por lo que significa esfuerzo del entendimiento y el fácil acceso e la sensibilidad.

Bastaría observar cómo ha sido propicia nuestra época para el apareamiento de hechos tan atroces como los campos de concentración de Hitler o del Gulag, construidos y dirigidos no **propiamente** por analfabetos sino por científicos, reuniendo dos vocablos que antes se consideraban incompatibles como "barbarie científica". La saturación científica ha llegado a los mismos extremos a que llegó el humanismo con su sobresaturación retórica.

Giuseppe Toffanin en su farragoso estudio sobre el tema distingue casi polémicamente los dos conceptos al escribir: "... De este modo comenzaron al mismo tiempo la paganización y la incomprensión de la tradición humanista; juntamente prosiguen favoreciéndola, también sobre labios no incultos, el cambio de **humanismo**, que quiere decir fe en los valores humanos hechos para el hombre, y por lo tanto trascendencia del logos, por **humanitarismo** que quiere decir fe en los valores humanos creados por el hombre, y, por lo tanto, inmanencia del sentido común, como si los humanistas hubiesen sido también más o menos inconscientes humanitarios."